



LA ROCA DE CASTEL-FOLLIT EN CATALUÑA.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO QUINTO.

(Conclusion.)

Sentimos en efecto, y muy mucho, la imposibilidad existente en Atenas de ver bonitas caras en el escenario; y aun en el teatro donde raras veces se encontraban.

Pero es un hecho, y si no diganlo quienes leyeren estas malas cosas que escribimos, que nosotros en último análisis, pues hemos de ser francos, vamos al teatro á contemplar absortos la linda faz, el esbelto talle, el diminuto pié ó el gracioso garbo y coqueto dactil de las actrices, cosa mas amena, más interesante que el flexible octosílabo de la comedia, aunque mane fluido y a meno de la pluma de Eguílaz, ó la alambizada prosa del drama: nosotros, que en resumidas cuentas vamos á aquel templo de las Musas á hacer segun nuestro peculiar gusto y la escuela que seguimos en esta materia, un estudio de la belleza femenina, asemejando la dama que mas nos place y conviene, si estamos por las rubias, á cualquiera de esas famosas que nos ofrece la historia: á Laura, á Beatriz, á Angélica, á la Fortuina, que inspiraron el génio de Petrarca, del Dante, del Ariosto y de Rafael: ó á

Diana de Poitiers, á Gabriela d'Estrées, á Julia d'Elange, á Inés Sorel, bellas y coquetas Dulcineas que inspiraron cosas, á la verdad menos santas que el génio y menos inocentes que la hidalga del Toboso, esto es, los caballerescos amores de un rey del siglo XVI, Enrique IV de Francia; y remontándonos hasta el mundo antiguo, hasta la misma Atenas que nos ocupa, asemejando nuestra dama á Friné, que servia de modelo á Apolos para sus cuadros y á Praxiteles para sus estatuas, y ofrecia reedificar ciudades con el producto de sus amores, ó á Aspasia, la Ninon de Lenctos de Atenas, y que cortejaban con sano intento y sólidas miras, Pericles, Alcibiades y el virtuoso Sócrates.

Pues todas estas damas eran de un hermoso rubio claro, como el de esas vírgenes humanas que se crian poéticas y sentimentales, bajo el vaporoso cielo de la fria Albion.

O si estamos por las morenas, que esta es la mas seguida opinion entre los españoles, asimilaremos la morena actriz que mas nos gusta ó á Laís que se quejaba amargamente, llevada de su natural pudor de que Diógenes y otros filósofos de Corinto padeciesen diariamente la equivocacion de tomar el camino de su casa, en vez del de las aulas abandonadas; ó á Melania que tenia revuelta á toda la bella juventud de la misma ciudad: ó á Cintia, Libia, Lesbia, y otras célebres morenas romanas que servian de fáciles musas á Propertio, Horacio y Cátulo: ó como suele suceder que á nosotros descendientes de árabes nos gustan las morenas orientales, los tipos hebreos que son los mas perfidados de todos, considerar si la morena en cuestion se reproduce en Rebeca ó Raquel, en Abigail ó en Tamar, en Sassa ó en Noemí, en

Zuleika ó en Belshazz ó en cualquiera célebre moresa de los Santos Libros: ó por fin, y en tiempos posteriores, ver si nuestro gusto se retrasa en las históricas morenas castellanas, María de Padilla, Inés de Castro ó Leonor de Guzman.

Nosotros, que estamos muy lejos de participar de la opinion de Bogenia, de que la vida de un hombre es mas preciosa que la de muchas mujeres, y que deseamos ver á estas en el necesario, reales y verdaderas, tal como naturaleza las hizo, con su serie de naturalezas atractivas, que en las sociedades modernas les dan valimiento y poder siempre igual, á veces superior al del hombre, en su triple carácter de madres, hijas ó esposas; nosotros, que miramos las cosas bajo tal punto de vista, no habiésemos seguramente ido al teatro.

Ya que ahora este no es escuela de costumbrés, y que no tiene ningun carácter social, político ó religioso, y ni aun frecuentemente literario; ya que no tiene nuestra mente y la afecta con el desarrollo gradual que venimos delante de ella, de ideas grandes, enérgicas, elevadas, y eficaces, de aplicación inmediata y fecunda, en el desenvolvimiento de la triple actividad humana; ya que no es cosa pública y absoluta, sino privada y relativa, sujeta á las mil peripecias é incidentes que envuelven los tiempos y circunstancias en que se encuentran; ya que carece de término racional, de utilidad provechosa y civilizadora, y está falta de significación y prestigio, queremos al menos que tenga el vulgar y pobre objeto de distraer nuestra cansada fantasía. Y en justa compensación, hemos dado al teatro moderno todo el acopio de poder y fuerza de sentimiento, que con notable perjuicio nuestro, hemos sustraído á la inteligencia.

Nosotros los modernos boguinos, viento en popa, en el ancho mar del sentimentalismo,

¿se dará acaso, porque para todo existen objeciones, que si, dada la posibilidad material de llevarlo á cabo, hubiesen subido á las tablas, en Atenas, mujeres dotadas de un conjunto de prendas tan relevantes como las que se unian en Neera, Pitonice, Aspasia, Lais, Laetentia, Teodora, Friañ, Gliceru, Gnatene y otras, se dió acceso que los atenienses, insensibles á tantos atractivos, hubiesen disminuido su afición al teatro, por aquello de tomar parte en él un ser tan indignamente clasificado como objeto de lujo y comodidad? No podemos creerlo.

Un pueblo tan galante, tan culto é ilustrado como el ateniense, que con tan exquisita delicadeza trataba á las damas, no se hubiese á huan seguro enojado de su aparición en la escena, sacrificando de este modo sus sentimientos de gusto y belleza á la estéril abstracción de sus ideas filosóficas y políticas.

El que aquel teatro solo se refiriese al hombre público, al ciudadano, al hombre legal, en sus relaciones con la patria y sociedad, no implica la negación absoluta de todo afecto noble, de todo impulso elevado y digno del corazón.

Y nuestra opinion afirmativa adquiere mayores grados de fuerza, al considerar la época en que los atenienses hubiesen tenido ocasion de apreciar lo que valia en la escena la presencia de la mujer.

El siglo de oro de Péricles, en que florecieron los ingenios dramáticos de que venimos hablando, fué el siglo de oro del sexo femenino en Atenas. En esta ciudad se reproducia entonces el fenómeno que mas tarde se reprodujo en Constantinopla, en los últimos dias del imperio de Oriente; en Roma en los siglos X y XVI; en París en los famosos tiempos de Luis XIV y Luis XV; y en nuestra actual capital de la monarquía española, en los muy pobres de Felipe IV y Felipe V, esto es, en el reinado de las mujeres. Aspasia, Zoé, Teodora, Lucrecia Borgia, la Valliere, la Montespan, la Du Barry, la Pompadour, la bella Calderón y la princesa de los Ursinos, son nombres que revelan, en sus respectivos países, una época gloriosa para el sexo que representan.

En Atenas, los salones de las célebres bellezas ya mencionadas eran el punto de reunión, el rendez-vous adonde con galante afán acudían presenciosas todas las altas reputaciones contemporáneas; y cuando allí congregados, arrastrando los últimos restos de una virtud moribunda á los pies de una mujer que les vendia sus caricias, magistrados, generales, literatos, artistas, filósofos, poetas, senadores, y demás altos personajes de aquella culta sociedad. Espléndidos festines, conversaciones llenas de un exquisito perfume de galantería, alegres danzas y cantos cuyo libro desorden se perdía en las abrasadoras regiones del amor, lectura y apreciación literaria de aquellos poetas de fácil imaginación que se habían mostrado menos casados en motivos morales; ó aquí las amenas ocupaciones de estas soirées aristocráticas.

Veáse pues el muy importante papel que desempeñaban en aquella sociedad las mujeres, y en vista de esto dedúzcase cuán bien encaminadas nos halláramos al sostener que estas, si posible hubiese sido, no hubiesen desmerecido del concepto que tenían entre los atenienses, al tomar en la escena el carácter de actrices.

La ventaja que nuestro moderno teatro lleva al antiguo, de tener actrices que por su expresion natural, tragócan bien ó mal, que lo último sucede con mayor frecuencia, pero que al fin traduzcan á su modo,

y de un modo directo los pensamientos y afectos que lleva consigo el tema de la accion teatral, cosa que por lo regular, y en razon á la natural flexibilidad del carácter femenino, sobresalen las mujeres, al menos las españolas, esta ventaja que afecta exclusivamente á la línea del sentimiento, está compensada por un defecto notable que es el de herir de muerte la función intelectual, razonada, filosófica. La ventaja y defecto de que hablamos, se encuentra, sin necesidad de explicarlo, en razon directa, en analogía rigurosa con el carácter y tendencias de ambos teatros.

Nosotros no osamos, sin tener la conciencia de que cometemos un crimen de lesa moralidad, separar el corazón de la inteligencia, el sentimiento de la idea: que en ello estriban, la originalidad, la sanidad y excelencia de nuestro arte. Los antiguos solo contaron con la idea, solo se atuvieron á ella: el satisfacer sus naturales exigencias, fué la constante mira, el bello ideal de sus ciencias y artes. Hombres de fibra fuerte y vigorosa, dejaron al corazón debilitarse, consumirse, desahucarse, en ocio vano, estéril é impotente.

El actor moderno, por mas que sujeta su rostro á las lirónicas exigencias de tiempos y circunstancias, por mas que obligue al traje obediente á que imprima á su persona el sello de la época en que pasa la accion, no puede impedir que nos descubra la faz amiga, indiferente ó antipática de D. Fulano de tal, cuya genealogía y aventuras conocemos y sabemos mejor que el catecismo: porque segun parece, el tener abundancia de datos biográficos acerca de los señores y damas que suben á las tablas, constituye entre los elegantes eruditos modernos, uno de las condiciones de buena educacion social. Esto como se ve, solo puede crear una ilusión artística en el terreno del sentimiento.

Veis á ese actor con calzas de terciopelo carmesí, zapatos de raso con alta lacon encarnado, jubon de belarje, capa lombarda con alto collar, anchas lechuguillas, sombrero de fieltro con trenzas de seda y oro, y ancha pluma que ondea graciosa, barba larga y pelo cortado, y espada pendiente de un rico guadañameil; pues bien, ese actor, que hace de D. Sanelo Ortiz de las Roelas, en la *Estrella de Sevilla* de Lope, es D. N. de N., que á todos nos es muy conocido.

Veis ahora á esa otra dama, que lleva saya de grana á la francesa con tiras de seda, manto de terciopelo, cofia á la portuguesa, manillas de esmalte, colador de oro, collar de gruesas perlas y ricas zarzillos de aljofar; pues esa dama, que hace de Leonor en la comedia de Montalban, *La que sonjuicios del cielo*, se llama doña L. de L., cuya aventurosa vida está ya escrita en los *Humanaques* cómicos.

Veis á ese otro actor (tan lujosamente vestido, con multitud de adornos en el traje, con bohillos, raudas, cadenillas, pasadillos, abollados de plata y oro falso, bohemia de seda, cebras acuchilladas, rica golilla, sombrero guarnecido de cadenas, cintillos de oro, camaficos y perlas, zapatos con varillas doradas claveteadas con diamantes, talabarte con cañales y pasamanos de plata, gran mostacho y larga perilla, que hace de galán enamorado, de D. Juan que correja y requiebra á doña Violante en la *Villana de Valdeca* de Tirso, pues es D. X de X, cuya vida y milagros de nadie es ignorada.

No reparais, en fin, en esa dama que en el *Examen de maridos*, de Alarcon, hace el papel de doña Inés, y está muy apuesta y emperregada con basquiña de paño frisado, con guardafianales, ó verdogados y pollera, con ahuirante y duqué, con patens, joyel y ajorea, mangas de punto de aguja, tocado con cabos de oro, chapines con varillas del mismo metal, y cosas lujosas por el estilo y segun la antigua usanza española del siglo XVII, y que un siempre ha sido actriz, sino que ha ejercido la profesion, que segun el pícaro Quevedo ejercen las mujeres que se casan con zapateros:

Solo se casa ya algun zapatero
Porque á la obra ayudan las mujeres.
Y ellas pagan con

no lo decimos de puro malo. Pues esa elegante dama, cuyos antecendentes nos son ya tan familiares, es doña H. de H., que dicen es mujer de un amigo intimo de su marido.

Y en los tiempos actuales se joyen actor que hace de Floridore en la comedia de Delavigne *Los Comediantes*, vestido á la última moda francesa de 1834, frac-colo de seda; pantalón ancho á la prusiana; zapato punteado á lo Luis XIV; chaqueta blanca á los Robespierres; corbata-Richelieu, sombrero-tres-por-uno, pelo Carlos X pegado á la frente, y patilla cortada á lo Guiche, con es tan H. T., descendiente por linea recta de Bonnet ó de Dumas, actores famosos del primer tiempo napoleónico.

Figurémosnos ahora otro actor que hace de Agamenon, en la tragedia de este título de Esquilo, montado, que así puede decirse, sobre unos colornos de cuatro á cinco pulgadas de alto que alzan una terrena parte mas su natural talla; un actor cuyas raras y raras proporciones corporales están igualmente aumentadas por un mecanismo artificial: con una carótula que le dá un aire altamente irrisivo, que aumenta su robusta voz por medio de una serie de láminas de bronce en la parte in-

terior que figura la boca, llevando el suntuoso traje de rey con impetuosa majestad; pues ese actor ni sabemos quién es, ni cómo se llama. No es ni Neoptolemo, ni Sántora, ni Golo, ni Tendoro, ni Polo, ni Aristodemo, ni Eubelo, ni otro cualquiera. Quizás sea el mismo Esquillo tomando parte en la representación de su obra, *Pequeñas* muy frecuente entre aquellos dramáticos, que se repitió en Roma con Puppia y Silvio *Andrónico*, que se ha reproducido en los tiempos modernos y modernos con Juan de la Encina, Lope de Rueda, Pedro Navarro, Alonso de la Vega, Moliere y otros, y que aun se reproduce, aunque raras veces, entre nosotros.

El rostro artificial de ese actor es semejante, idéntico, al del mismo Agamemnon: ha sido hecho por el artista más hábil de Atenas bajo la dirección inteligente del poeta. Ese actor es todo un personaje histórico con sus pelos y señales. Si el mismo rey de Micenas se levantase de su tumba, dudaría de si algún otro mortal había usurpado su régica persona. La ilusión es plena, completa. La inteligencia vé, examina y confirma la realidad del personaje. El teatro ateniense obra con severa lógica, y clara deducción en el terreno artístico en que se ha colocado. Consecuente se dirige á la imitación exacta, cumplida mejor dicho á la copia y calco de la naturaleza, á lo que instruye y persuade, á la idea real, filosófica, matemática, que se encamina al entendimiento para satisfacer su ansiedad, con todo el lleno de condiciones indispensables. Si de esta abstracta esfera baja al sentimiento, al corazón, enhorabuena, será bien recibida quizás; si permanece inmóvil, aislada, independiente, en su morada puramente intelectual, esto no se empuja de él. Que en el arte antiguo, la inteligencia y el corazón no están unidos en perfecta amistad como Filadés y Orestes. *Cada ermitaño pide para su ermita.*

Vemos pues que el carácter artístico que tienen los actores en el teatro de Atenas está en perfecta armonía con el que hemos visto tenían el local y las decoraciones.

Señalaremos para concluir una diferencia notable entre los actores atenienses, los romanos y los de la edad media. Entre los romanos ya hemos visto como gozaban de muy pocas simpatías. Los jurisconsultos Juliano, Ulpiano y otros colocan, y en primer término, entre las personas notadas de infamia por las leyes á aquellos que salieren á la escena á ejecutar arte bajo ó á recitar: *Qui artis ludicra, etc.*

En la edad media, ya dijimos como los Concilios, los teólogos y los juristas, los obispos y los reyes, los frailes y los curas, se habían armado para hacer eruda, é incesante guerra á esta gente de alegre vivir. Sabido es el dicho de san Agustín sobre la incompatibilidad de la honrra de bien con la profesión de cómico. *¿Pues qué acusa el diablo se ha hecho cristiano?* Solo el buen Santo Tomás de Aquino, toma la defensa de estos, y les envía algunas palabras de consuelo que citaremos para descanso y tranquilidad de ánimo de los que timoratos y melancólicos fueren en esta materia. Dice así este doctísimo varón. «Y por tanto acerca de los juegos puede haber alguna virtud que el filósofo llama *eutropéida*; y uno se llama *eutropéida* por el buen uso ó conversión: esto es, porque convierte bien algunos dichos ó hechos en recreo.»

En los tiempos modernos desde la María Riquelme, la Petronila Jibaja, la María, Lavenant, la Baltasara, la Calderona, de quien todo el mundo sabe la famosa cuarteta de

Un fraile y una corona
un duque y un cartelista, etc.

hasta la Rita Luna, Maiquez, Caprera, Carretero, Latorre y otros, la posición social de los cómicos desde las ínfimas gradas de la escala social, en que yacía perdida, olvidada, cubierta por el lodo que al pasar se avrojaban sus altivos despreciadores, ha ido elevándose; y merced á sus virtudes y talentos, á una altura en la cual los contemplamos respetuosos.

Los actores contemporáneos son ya más que simples particulares confundiendo su mezquina individualidad en la esfera común en que nosotros nos agitamos humildes. Son unas verdaderas ilustraciones, unas notabilidades de la época. Hoy vemos vetustos al par que gloriosos blasones, pretender enlazar sus orgullosos timbres, á los que una serie de inevitables triunfos escénicos ha conquistado brillantes á los artistas.

De reputación parecida, que no del todo igual, gozaron en Atenas estas notabilidades escénicas. El actor Eubelo decía á Dionisio el Tirano, personaje muy parecido á Tiberio, á Pedro el Cruel ó á Luis XI, verdades que no hubiera condescendido en oír, á buen seguro, de boca de otro cualquiera.

Aristodemo fué embajador de Atenas cerca del rey Filipo de Macedonia. Y á este tenor podríamos citar mil datos históricos acerca de lo bien visto que era esta profesión y de las consideraciones que los cambios más notables arrastraban en pos de sí.

Y si hoy hemos presentado el hecho, altamente ridículo, de que

se haya dado á una famosa cantante la suma de 30,000 rs. ya cada noche que ha salido á las tablas, también los atenienses, en esta clase débiles de espíritu como nosotros, presenciaron el de que se contase al actor Polo, un talento ático, esto es, 21,600 rs. por solo dos representaciones.

De aquí, pues, la parte histórica de lo que se refiere á los actores en el teatro ateniense, y que es como desde luego se deduce, aquello sobre lo cual debía versar el presente artículo.

ANTONIO DE AQUINO.

SI YO FUERA RICO!

(Conclusión.)

Hasta este momento no había visto á la entrada de la sala un hombre de fisonomía severa que con los brazos cruzados parecía contemplar aquella escena con aire de piedad.

—¿Qué haces ahí? le dijo Ali con voz conmovida.

La presencia de aquel hombre que creía haber visto ya en alguna otra parte, había excitado en su alma una turbación que no pudo dominar al pronto.

—Admiro, respondió el extranjero, la complacencia de estos señores y tu locura. ¿No te avergüenzas de pasar tu vida en medio del fausto, rodeado de viles disolutas é infames aduladoras? Abra los ojos; créeme; aun es tiempo, cesa de disipar tus riquezas en prodigalidades que no son útiles ni á tu país ni á ti mismo: no te dejes embriagar por el acanto mentiroso de un poeta parásito, y no deposites en sus ávidas manos el suntuoso anillo que aseguraría el porvenir de una familia. Reforma tu método de vida si no quieres que Dios en su justa cólera te prive de una fortuna que te concedió para que hicieras de ella un uso más noble.

Ali, herido en su orgullo, palidecía y se ruborizaba á un mismo tiempo, y cediendo bien pronto á los malos sentimientos que le agitaban, se levantó ébrio de cólera con la vista inflamada y exclamó:

—Que dehea ignominiosamente á ese insolente que se atreve á darme consejos.

Todos los convidados se asociaron á la indignación de Ali, y rompieron en amenazas y furibundas exclamaciones.

Los esclavos se lanzaron á la puerta para ejecutar el orden de su amo; pero el extranjero ya había desaparecido.

IV.

Un día en que Ali, rodeado de sus amigos y seguido de sus esclavos, salía de la mezquita adonde había ido á hacer alarde de su ojo, más bien que de su piedad, un anciano de aspecto respetable y cuya barba le llegaba á la cintura, se acercó á él con mucho afán y le dijo:

—¿No seas un caballero llamado Ali?

—El mismo, respondió Ali, disgustado de verse detenido por un hombre groseramente vestido y á quien no acompañaba ningún criado; que me quiere? Sed breve; estoy de prisa.

Pero sin cuidarse de esta advertencia, el anciano empezó á dar las pruebas más marcadas de su alegría.

—Bendito sea el cielo! exclamó; Dios ha tenido á bien bendecir la perseverancia de mis pesquisas; héme aquí delante del que ha de ser el apoyo de mi vejez, el consuelo de mis últimos momentos; le estoy viendo... hablando... le puedo estrechar en mis brazos.

Y echándose al cuello de Ali, le abrazó repetidas veces.

—¿Qué significa este acceso de ternura que no comprendo? le dijo este procurando desahucarse; pongamos fin á una escena tan inexplicable como ridícula.

—Verdad es, replicó el anciano, que la alegría de verte ha turbado mi razon, y que en esta ocasión no me he conducido con la prudencia que conviene á mi edad. Aun estabas en la cuna, cuando abandonando mi país natal, me embarqué para un largo viaje que hasta hoy no he concluido; nada tiene de extraño que no me hayas reconocido, y que me recibas con tanta frialdad; la culpa es mía, que debía haber empezado por decirte quién soy. Perdóname esta falta y disipa las nubes de tu frente; entrégate sin ningún recelo á la alegría que hasta hoy no he podido presenciar; no soy para tí un extraño; puedes responder con efusión á los abrazos del hermano de tu padre.

Un número considerable de curiosos se había aglomerado delante de la puerta de la mezquita; la inquietud de Ali crecía á cada instante con el número de los espectadores; al pronto se le ocurrió la idea de calificar de loco al anciano y de negar que existiese entre ellos ninguna clase de parentesco. Pero la posibilidad de ser confundido delante de todo el

mundo hizo que le faltase valor. Entre tanto se apercibió su fin; empezábase á extrañar la multitud, le acusa ha de ingrato, y aun se levantaban algunos murmullos, cuando Ali tomó resueltamente su partido, estrechó entre sus brazos al anciano exclamando:

—Venid, mi querido tío, seguidme á mi palacio que desde hoy será el vuestro; deseo vivamente escuchar de vuestros labios la relación de los sucesos que os han reducido á un estado tan poco digno de vuestro nacimiento y de vuestras virtudes.

Al volver Ali á su habitación dió orden de que lo déjasen solo con el anciano, y empezó á darle marcadas pruebas de cariño y de respeto. Una transición tan brusca no podía menos de excitar la desconfianza de este; y así que, tomando la iniciativa y mirando á Ali cara á cara le dijo con una voz irónica:

—¿Tienes que pedirme algun favor?

Ali bajó los ojos bajo el peso de una mirada, cuyo poder le parecia que no era la primera vez que habia sentido.

—El mundo, querido tío, está lleno de envidiosos y perversos: mis riquezas me han granjeado muchos enemigos; no soy mejor mirado por los pobres, que no pueden acostumbrarse á reconocermos por superior,

que por los ricos que rehusan admitirme como un igual. Los unos dicen que tengo un orgullo impropio de mi origen; los otros, que la ridícula exageración de mis maneras es una prueba de la baja condición de que he salido... La posición no es á la verdad muy segura, prosiguió Ali habiéndose: hace mucho tiempo que estoy buscando un medio seguro de salir de ella y creo haberle encontrado; tengo preparado el terreno; he hecho circular entre el pueblo rumores misteriosos: vuestra llegada es una ocasión maravillosa para dar un golpe seguro: ¿rebusareis, mi querido tío, asegurar mi tranquilidad y mi dicha imponiendo silencio á la envidia y la maledicencia?

El anciano no respondió: seguía escuchando.

Ali continuó,

—Comprenderéis que despues de semejante servicio seremos inseparables; mi palacio, mi tesoro, mis esclavos serán vuestros tambien.

El anciano continuó mirándole en silencio; deseaba que continuase.

Ali prosiguió:

—Tengo veinticinco años, y hace veinticuatro que nuestra familia, acosada por el hambre, segun me contó mas de una vez mi padre antes de su muerte emigró de Bassoráh para venir á establecerse á



(Contrabandista del Pirineo.)

Bagdad. En esta misma época Dhaer, sultan de Cachemira, fué vencido por Abas; que le mató y se apoderó del trono. De toda la familia de Dhaer degollado por el vencedor (segun se acostumbraba en aquella época) solo se salvó su hijo Selim, jóven príncipe de algunos meses, y su hermano Abdallah, que en el dia tendria vuestra edad. Abas practicó las mayores diligencias para buscarlos pero todas fueron inútiles, y desde entonces jamás se ha oído hablar de estos dos ilustres fugitivos.

Ni una palabra salió de los labios del anciano: continuaba siempre escuchando.

Ali se vió en la precision de manifestar todo su pensamiento, sin que nadie le ayudara.

—Selim fué confiado por su tío á un artesano, que tuvo la feliz idea para conservar la vida del jóven príncipe de llevarle á Bagdad adonde le hizo pasar por hijo suyo. Abdallah, temiendo ser reconocido mas pronto ó mas tarde por los espías de Abas, se embarcó para países lejanos con el traje de simple artesano. Hoy el sanguinario Abas ha muerto; su sucesor es un príncipe de costumbres apacibles y virtuosas; Abdallah y Selim no tienen ya interés en ocultarse, podemos procla-

mar abiertamente en toda la villa de Bagdad nuestros nombres; yo soy Selim, vos Abdallah.

Al llegar aquí, lanzando Ali una mirada terrible:

—Esperaba esta conclusion; miserable, orgulloso. ¡Las riquezas han pervertido hasta tal punto tu corazón, que quisieras arrancar del libro de tu vida las páginas de lo pasado! La oscuridad de tu nacimiento te abochorna; te avergüenzas de tu padre el alfarero! ¿de tu tío el artesano! ¿quieres á todo trance levantar un pedestal para elevarle! ¿tu tío vive! y quieres hacer de él un príncipe! ¿tu padre ha muerto y reniegas de su nombre! ¡Adios! aun eres jóven, y pueda que algun dia te arrepientas!

V.

La impresion que hizo esta escena en el ánimo de Ali no fué de larga duración: se borró tan pronto como el anciano desapareció el mismo dia de Bagdad, sin que le fuese posible saber lo que habia sido de él.

Ali continuó pues sin escrúpulo en los malos instantos que le habian hecho ya cometer tantas faltas.

Una noche, después de una orgía en que acababan de tomar parte veinte jóvenes de los más nombrados entre los más disipados y más pródigos de Bagdad, Ali hizo una señal á sus esclavos: estos salieron de la habitación, y no tardaron en volver trayendo los unos á una joven cubierta con un velo y un caballo árabe de magnífica estampa, los otros un gran número de objetos artísticos, de ricos vestidos, de joyas y pedrerías.

A su vista la admiración general se manifestó con estrepitosas exclamaciones.

—Estas son mis compras de por la mañana, dijo Ali tendiendo á sus amigos una ojeada llena de orgullo.

En seguida, dirigiéndose á cada uno de ellos:

—Te gusta en extremo, Niser, recorrer el espacio sobre un caballo de ojo de fuego que hienda el aire con la rapidez de una flecha y no deje señaladas sus huellas. Toma este caballo; para tí le había destinado mi amistad.

A tí, Ibban, te reservo esta joven esclava circasiana: es bellísima; su canto es suave, y baila con mucho primor; puede combatir y vencer la ponzoña del fastidio que se apodera de tu corazón.

Mirza, para tí es este ropaje de brocado y oro. Acepta, mi querido Gunchid, este pañal y este sable, obra maestra del espadero de más fama de Damasco. A Rustan este broche de zafiro. A tí, Rica, este collar.

Y cuando cada uno de los amigos de Ali hubo recibido su presente, exclamaron todos:

Viva Ali el generoso!

Una voz quebrada y temblona repitió:

Dios conserve los días de Ali el magnífico!

Esta voz era la de un venerable sacerdote que se adelantó lentamente por medio de la sala diciendo:

—Dios altísimo! Dios altísimo! Dios altísimo! Aseguro que no hay mas que un Dios y que Mahoma es su profeta.

¿Qué me queréis? le preguntó Ali con un tono muy brusco.

No tenemos, respondió el monje, ni piedras ni cimientos; los obreros no quieren trabajar hasta que les aseguremos su salario; y el templo que levantamos al Altísimo se quedará sin concluir, si el favor de los verdaderos creyentes no nos ayuda.

—¿Y qué me importa, les contestó Ali, que haya un templo mas ó



(El lugar.)

menos? (Pues me gusta el motivo que habeis tenido para venir á interrumpirnos en medio de nuestros placeres! Vamos, viejo importuno, salid.)

Pero el sacerdote no se movió, y con una voz que parecia adquirir fuerza segun iba hablando:

—Ali, dijo, el impío que se muestra pródigo con el vicio y avaro con Dios, no es digno de ser rico.

Un murmullo acogió las palabras del monje, que prosiguió: Ali el orgulloso que se avergüenza de sus parientes y reniega del nombre de su padre, no merece ser rico. El murmullo iba en aumento, pero la voz del monje le dominaba.

Ali, el insensato que recompensa al adulator y arroja de su presencia al amigo sincero, no merece ser rico.

Al llegar aquí estalló una explosión de gritos y de cólera: el monje no se creyó de ello; únicamente alzó mucho mas la voz.

Ali que se regocija en gustos superfluos y rehusa dar un óbolo al desgraciado que carece de lo necesario, no merece ser rico.

Entonces todos se levantaron para arrojar de la sala al monje. Pero este, despojándose y dejando caer á sus piés el traje de monje, dió un paso hácia los concurrentes.

Ali cayó como petrificado en su asiento; era la misma mirada que tres veces distintas habia turbado su corazón.

Sus amigos no pensaban ya en hacer alarde de su celo y de su cariño; estaban prosternados con los ojos fijos en el suelo.

El monje era el que habia dicho, siguiendo á Ali, pobre obrero de alfarería: este jóven desea vivamente ser rico, y lo será: era el comerciante; era el rudo consejero; era el que se fugió tío de Ali: en una palabra, era el ilustre jefe de los creyentes, el califa Haroun-Al-Raschid.

—Ali, dijo el califa, si hubieras salido victorioso de la prueba á que te he sometido, te reservaba un elevado puesto al lado de mi persona: has hecho mal uso de los bienes de que yo te habia colmado, y te los quito. Esclavos, quita de sus ricos vestidos, ponle los antiguos, y que se quite de mi presencia.

Las órdenes de Haroun fueron ejecutadas, y Ali fué llevado á la habitación que ocupaba antes de su opulencia.

Pero semejante golpe era superior á sus fuerzas: al día siguiente le encontraron abotado á la entrada de un buque inmediato á Bagdad.

UN CONCIERTO MONSTRUOSO EN 1613.

Las grandes fiestas musicales son muy comunes en el día, y cuentan ya más de dos siglos de existencia, según el Abate de, que describe un concierto monstruoso dado en 15 de julio de 1613 en Dresde por orden del elector Juan Jorge de Sajonia.

Este concierto era el episodio de Holofernes: la letra fue escrita por Melchior Plüschner, y compuesta la música por el chaetre de la corte Hilario Grundmaus. El elector quedó tan satisfecho del programa del compositor, que le regaló cinco toneles de cerveza, con encargo particular de que nada escaseara.

Todos los artistas de Alemania, de Heivécia, del país de Vaud, de la Polonia y de la Italia, fueron invitados á tomar parte con sus discípulos en la gigantesca fiesta musical de Dresde, donde, desde el 9 de julio de 1613, día de San Cirilo, se hallaban reunidos 576 instrumentos y 913 artistas, sin contar los aficionados de Dresde.

Los instrumentistas llegaron armados de pié á cabeza con todos los instrumentos conocidos en aquella época y con otros muchos de nueva invención nunca vistos en Dresde. Un tal Rapotzky, de Cracovia, llevó en un carro tirado por ocho mulas una verdadera máquina de guerra musical, un enorme contrabajo que tenía siete anas de alto. El artista de Cracovia había adoptado muy ingeniosamente para su instrumento una escalerilla que le permitía dar vueltas desde la punta del mango hasta la puenecilla de su contrabajo, pasando su arco por las tres cuerdas (probablemente otros tantos cables de nave). Un estudiante de Witemberg llamado Rumpier se había encargado de cantar la parte de Holofernes, con la condición de poder entrar en voz en la taberna humedeciendo su garganta de artista con un mar de cerveza á costa del ordenador de la fiesta.

Tomadas todas las disposiciones, y llegado el día tan deseado, todos los artistas ocuparon sus respectivos puestos: la orquesta estaba colocada al lado de un bosquecillo; todas las colinas inmediatas estaban coronadas de espectadores que habían acudido hasta de los países mas remotos para disfrutar de tan original como estronadora armonía. Y temiendo que el bajo de Rapotzky no dominase bastante los instrumentos y las voces, el chaetre Grundmaus inventó otro, que encontró en el mismo sitio, en forma de molino de viento, entre cuyas aspas colocó gruesos cables, que cuatro artistas situados en los ángulos se encargaron de hacer sonar, frotándoles con un gran pedazo de madera dentellada.

A un lado de la orquesta había un gran órgano cuyas teclas agitaba á puntetazos el padre Serapion, y para timbales, en reemplazo de una caldera de cervicero, que el chaetre Grundmaus había creído de mucho efecto, hizo colocar el elector algunas bombardas, cargadas por el polvorista de la corte, que las disparó según requiriera la partitura.

La ejecución produjo un efecto mágico. La prima donna Bizazzi, de Milan, se distinguió por los gorgoros que en abundancia hizo, pero se esforzó en tanta damasia, que espiró tres días después del concierto.

El primer violinista de la época, Juan Scioppo de Cremona, ejecutó con el instrumento á la espalda varias piezas concertantes. El estudiante Rumpier cantó una aria obligada del contrabajo Rapotzky que hizo temblar las colinas, y el final se hizo con tanta verdad, que los cantores extranjeros que figuraban los asirios fugitivos, y los coristas de Dresde, que eran los israelitas vencedores, trabaron, en medio del paroxismo de su artístico delirio, un combate á pedradas, que hizo reir extraordinariamente al elector, el cual tuvo que emplear la fuerza armada á fin de evitar que el campo quedara cubierto de cadáveres. El chaetre de la corte fué gratificado por el elector con un barril de Niersteiner y 30 florines del país por el celo con que había organizado el concierto, y por el maravilloso éxito que este había tenido.

EL CABALLERO BANDA AZUL.

PARTE PRIMERA.

(Continuación.)

También á su vez el caballero revisó el ambiente del anacoreta, y á su vez también palideció al reconocer sin duda al hombre que estaba caído por el duro ropon; y si bien el guerrero supo refrenar mejor los pensamientos que allí en su interior podían haber nacido con el desmoronamiento que acababa de hacer, ya no mostró en su rostro aquella natural tranquilidad que tenía al ósejarse de su equipo militar.

Ya fuese por la mútua desconfianza que estos dos hombres se tenían;

bien que el anacoreta temiese el valor del jóven que estaba á su lado, y que éste como buen caballero no quisiera pagar con sus fealdades la hospitalidad que se le otorgara, la cierta es que durante la preparacion de la casa y despues de esta no entablaron conversación alguna que pudiera hacer estallar el volcan que cada cual en su pecho encerraba.

En la mas natural que el ermitaño hubiera tratado de preguntar é indagar la vida misteriosa del jóven que hablaba sobre su caso de terciopelo una *Banda Azul*, así como el caballero le vistió entusiasmado de preguntar las causas que habían impedido al anacoreta á retirarse á aquellos desiertos; sin embargo, en medio de una dilatada noche de invierno que pasaron juntos, y á pesar de la confianza que el hospedaje debiera dispensar, nada se preguntaron mutuamente, y lo frío de sus cortos diálogos demostraba que prometían ocultarse uno á otro narraciones de compromiso, cuya desenlace había de ser trágico y espantoso.

—Hermano, dijo el anacoreta luego que terminada la cena hubo recogido los manteles de la mesa, en ese cuarto de la derecha podéis descansar, interin yo, según mi inalterable costumbre, voy á orar por vivos y muertos.

—Está bien, santo varon, contestó *Banda Azul* disimulando su enojo y atusando con su mano derecha su bigote para ocultar de ese modo la sarcástica sonrisa que brillara en sus labios ante la hipócrita conducta del compañero. Yo, hermano, prosiguió, os acompañaría gustoso, pero sería interrumpir vuestras santas meditaciones.

Acto continuo tomó sus armas y demás pertrechos del estacion donde los colgara, y se entró en el cuarto que le había señalado el ermitaño. Este tomó el sucio farolillo que había sobre la mesa, y por un estrecho callejon se encaminó al templo: allí con velocidad suma se desprendió de su buco sayal, y sacando de un armario un colete de ante, unas calzas azules, un largo puñal y una ordinaria gorra de pieles, se las colocó en su cuerpo, y abriendo la puerta de la ermita que cerró por fuera, se deslizó como un gamo camino de Maqueda, adonde llegó á la media hora no cabal. Recibido por D. Nuño, le manifestó que el matador de Hernan Carrillo estaba en su albergue, y despues de asegurar presentaría al amanecer la cabeza de *Banda Azul*, tornó á su buonería para llevar á cabo el infernal plan que había concebido y la promesa que acababa de hacer. D. Nuño, como ya saben nuestros lectores, había marchado al salon gótico para comunicar tan felice nueva á Sancho Pérez y demas personajes que le acompañaran.

PRECÉASE QUE QUIEN MAL ANDA MAL ACABA.

Luego que *Banda Azul* penetró en la especie de celda que se le destinara para dormitorio, su primer cuidado fué hacer un registro en la habitacion con objeto de investigar si puertas secretas en las paredes podían proporcionar á su contrario vengarse á salvo de la daga del jóven caballero. Convencido por el escrupuloso registro que acababa de hacer de que solo por la puerta principal había de ser atacado, colocadas sus armas al lado mas opuesto por donde llegaría su enemigo, se colocó bajo de su sayo una cota de malla que lestrase cualquier traidor intento del conoibta. En seguida depositó su daga de puño de plata en la almohada, y vestido como llevamos dicho se arrojó en el miserable lecho que se le había deparado, no con el objeto de entregarse al sueño, sino de velar interin sus miembros se desentumecian de marchas y contemarchas que habían durado muchas horas.

La oracion del ermitaño se prolongaba demasiado... Otro de un corazón pusilánime y no de bronce cual el que palpita serenamente bajo la cota de malla del caballero, habría salido de aquel aposento para estar á la observacion de las maniobras de su adversario; pero *Banda Azul*, si bien con el ojo avizor, estaba tendido en la cama con la mayor tranquilidad y sangre fría haciendo para sí las siguientes reflexiones:

—Malvado!... estás en la creencia de que no te he conocido bajo de ese duro sayon y larga barba!... Cobardel... esperas sin duda asesinarme cuando esté entregado al sueño!... ¡Infeliz de tí si ese es tu plan!... Y observando las leyes de la caballería sabré respetarle en tu asilo y en el cual me has concedido abrigo por una noche; pero si falta á la hospitalidad, tu hora ha sonado... y esto diciendo así maquinó el blanco puño de su puñal de daga.

Los presentimientos del caballero iban á convertirse en espantosa realidad, porque á muy poco percibió á la inmedicacion de la puerta el leve pisar de las sandalias del anacoreta. *Banda Azul* se preparó á una lucha que debía terminar con la muerte de uno de los dos, y para velar de convencerse de los intentos bastados de su enemigo, exhibió algunas aspiraciones propias de un hombre que duerme profundamente.

En este momento hubiera sido posible iluminar de repente por medio de una luz artificial aquel aposento oscuro, hubiéramos visto la feroz alegría que brillaba en el rostro y pupilas del asesino, que creía dar un golpe seguro y mortal, á la par que en el simpático y varonil semblante de *Banda Azul* se molestaría toda la indignacion de una

alma noble que espía los movimientos del reptil que se le aproximaba.

Cuando el cenobita, guiado por las aspiraciones del caballero, juzgó estar al alcance de su víctima, cual se lanza el tigre sobre la descuidada presa, así puñal en mano se arrojó el ermitaño sobre el bien prevenido *Banda Azul*.

Un doloroso *ay...* resonó, y todo quedó en silencio por un segundo; después un cuerpo rodaba por el solar de la celda, mientras uno de los combatientes de aquella lucha á muerte y ejecutada en una inmensa oscuridad, se dirigió á la cocina para tomar el frotillón que lucía sobre la mesa. Acto continuo regresó al aposento, en el cual y á la luz del fíal se descubrió al anacoreta que revolcándose en su propia sangre lanzaba los últimos gemidos de un mal herido pecho.

Banda Azul reconoció su seguida la oreja izquierda del moribundo, y exclamó:

—El *es!*... *Quien mal anda mal acaba.*

En el acto mismo limpió con la ropa de la cama su daga bañada en sangre, tomó sus arreos militares, y se dirigió á la caballeriza, en donde el fogoso corcel saludó con un relincho á su querido jinete.

—*Hola Cartaginés!* me felicitas por mi victoria! dijo el caballero acariciando al bruto que petrechaba. Ya sabes que nadie ultraja á tu amo impunemente.

SEGUNDA PARTE.

PERO MARTIN.

Luego que las doncellas de Clotilde despojaron á su señora de su traje y colocaron sobre sus hombros una gran bata de raso azul con entredoses y listones de brocado, salieron del gabinete para retirarse á descansar, interior la hija de Sancho Perez, sentada al calor de una chimenea, esperaba, unas veces pensativa y las mas inquieta, la llegada de su dueña, que habia salido segundos antes de partir las doncellas.

—Señorita, dijo al fin doña Beatriz abriendo la pintada mampara y usando la mitad del cuerpo, Pero Martín aguarda vuestras órdenes.

—Entrad, contestó Clotilde, abrochando sobre los púdicos encantos de su seno virginal su larga bata.

Pero Martín entró en el gabinete, dió algunos pasos hácia Clotilde, y se detuvo respetuosamente á cierta distancia; la dueña doña Beatriz, obedeciendo á una indicación de su señorita, tomó asiento frente á esta y á un lado de la chimenea. En este momento el reloj del castillo anunció la una.

Era Pero Martín un hombre de cincuenta años, que habia acompañado á su señor en sus dias de felicidad y de amargura. Mensajero de amores con la difunta mamá de Clotilde y de Sancho Perez, habia estado tambien á su lado en las dilatadas campañas del marqués. Este profesaba á su fiel y antiguo servidor un gran afecto, por lo cual en la actualidad Pero Martín disfrutaba, á mas de una vida cómoda y tranquila, cierta preponderancia sobre toda la servidumbre de Sancho Perez, y cuando la caza le dejaba libre algunas horas del día á de la noche, las pasaba en narrar sus proezas militares, que escuchaban con gusto los guerreros de Maqueda. Clotilde tambien no pocas veces se entretenia agradablemente en oírle referir las campañas del veterano, quien dotado de cierta gracia en el decir, solia mezclar en sus relatos algun alegre acontecimiento ó anécdota de su juventud ó de la de su señor, poderosos móviles por los cuales la hija de Sancho Perez le regalaba y tenia en mucha estimación.

En el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, vestia un traje muy adecuado á sus inclinaciones á la caza, diversion que no eran suficientes á impedir ni un mal temporal ni sus cincuenta años.

Su traje se componia de un colete de ante con mangas de paño de montaña, calzas azules, boteculeros de cordobán blanco, un talabarr de cuero en donde pendia de continuo un cuchillo de dos filos para la caza; sobre sus hombros un tabardo de paño rojo, y entre sus manos fuertes y nerviosas una gorra de piel de Rusia. Su elevada estatura, lo enjuto de sus carnes, el pronunciado perfil de sus facciones lastadas y morenas, y su mirada perspicaz y volitante que se desprendia de unos ojos grandes y castaños, todo marcaba que Pero Martín era un hombre asaz emprendedor y á quien podia confiársele cualquier comisión, por árdua y peligrosa que fuera su desempeño, como se verá.

—Te necesito por una hora, Pero Martín, díjole la joven, lijándose en su antiguo doméstico.

—Señora, contestó inclinado Pero, sabéis que soy tan leal como uno de los esbucos del señor marqués, y tan dispuesto como vuestros hermanos taleros.

—Sin embargo, era necesario salir del castillo, caminar media legua, y hace frío, mucho frío; el vendabal arrecia, y todo esto me apesadumbra en las exigencias para conmigo.

—¡Oh! exclamó el del criado, si á vos os apesadumbra eso, á mi me mata que os hayais olvidado que soy un veterano y un cazador en cuya cartida piel, ni el granizo, ni la escarcha, ni el sol causan ya impresion alguna. Además, señora, como siempre que os acordáis de Pero Martín es para hacerle portador de un beneficio para algun desgraciado, resulta, que bien sea porque el corazón que saltá bajo mi toso colete es inclinado á lo grande, ó porque hayáis pagado á mi alma alguna parte de lo hermoso de la vuestra, es la verdad que cada vez que me ordenáis venir á vuestra presencia parece que me rejuvenezco, y vuelvo á obedecer vuestros mandatos, ni mas ni menos que como correca mis perros al sonido de mi trompeta de caza.

—Eres siempre el mismo! Te doy las gracias, Pero; ¿sabes á la ermita de San Anton?

—¿La que está en el encinar?

—La misma.

—Si señora, he estado mil veces en ella.

—Pues en esa mansion, en donde parece ser que debiera respirarse solo misericordia y cristianismo, se proyectaba esta noche un crimen.

—¿Qué bien dije para mi colete cuando doña Beatriz llegaba á mi aposento por orden vuestra y en hora tan avanzada de la noche!

—¿Qué pensaste?

—Que el servicio de que iba á ser sin duda un agente, tenia que rayar muy alto.

—Es verdad, mi buen Pero Martín, se trata del caballero *Banda Azul*, á quien es preciso salvar del puñal del anacoreta, en cuya morada aquel se alberga.

—Segun eso, ¿tendré que ir á colgar al santorron de una estufa?

—Nada. Tu mision está reducida á manifestar á *Banda Azul* el peligro de ser preso y lo conveniente que há de serle retirarse de la ermita luego luego.

—¿Y por qué no decir al caballero las malas intenciones de su compañero para que lo ponga de bandera en la punta de su lanza?

—Porque eso seria evitar un crimen y promover otro.

—¿Qué ordenáis mas, señora?...

—*Discrecion, ligereza y secreto*:—Nada mas.

—Pero Martín se inclinó, salió de la estancia, y repitiendo las palabras *discrecion, ligereza y secreto*, se dirigió á su cuarto, tomó primero su alcaza y ballesta, y en seguida, mediante una escala que arrojara desde la pequeña ventana ojiva de su habitación, se deslizo veloz como una ardilla, perdiéndose á poco entre la oscuridad de la espantosa noche que reinaba.

NOVEOS MISTERIOS.

Luego que el guerrero tuvo petrechado á Cartaginés, armado de todas armas, salió de aquella ermita, en la cual acababa de castigar la mala intencion de su criminal morador. Colocaba su dorado estribo en su pié para montar sobre el fogoso bruto, cuando un hombre embocado en un tabardo rojo se dejó ver á pocos pasos.

—¿Quién es? preguntó el guerrero al recién llegado, al par que su mano derecha astá la bien trabajada empuñadura de su larga y tajante lixona.

—¿Sois acaso el caballero *Banda Azul*? preguntó el del tabardo, deteniendo su marcha.

—¿Qué se os ofrece? replicó el caballero, desconfiando de aquel desconocido, razon por la cual no depuso su actitud hostil.

—Un mensaje reservado.

—Hablad.

—Sin testigos.

—Estamos solos.

—El ermitaño podría escuchar...

—No hay temor que os escuché, y mucho menos que os interrumpa.

—Vengo de parte de mi señora á salvaros de un gran peligro.

—¿Qué peligro?

El anacoreta quiere prenderos ó asesinaros, y me encarga al señora hoyais de este país inmediatamente.

—El anacoreta erró el golpe, y ha pagado con la vida su traicion.

—Mucho mejor, señor, un infierno mas en el infierno.

—¿Podrás decirme cómo se llama tu señora, con el objeto de agradecer y saber á quién debo tanto interés?

—Doña Clotilde, hija del muy noble y elevado señor Sancho Perez, marqués del Rixzal y gobernador del inmediato castillo de Maqueda.

—¿Estais equivocado! repuso poseído de sorpresa el caballero, y en cuyo conmovido acento se podría fácilmente descubrir las emociones que su corazón sentia al oír al hombre del tabardo los nombres de las personas que acababa de revelar.

—¿Señor, podrá ser que está equivocado después de cuarenta años que lo tengo aprendido!

—¡Pues qué! ¿el ilustre capitán Sancho Perez no está en sus señorios de tierra de Valladolid?

—Segun vuestra pregunta es seguro que la equivocacion no está en mí, sino en vos.

—¿Cómo?

—Hace un año que mi señor recibió la investidura de gobernador del castillo de Maqueda, como una prueba de estimacion por parte de S. M.

—¿Luego tú, quién eres?

—Pero Martín.

—¡Pero Martín!!! exclamó el guerrero, cediendo instantáneamente á su interior contento: despues, como si arrepentido de su exclamacion tratase de reprimir sus emociones, guardó un profundo y dilatado silencio.

Pero Martín no sabia qué sospechar de la exclamacion, y luego del abatimiento del caballero, y como si hubiera querido penetrar los arcanos del misterioso guerrero, á fuerza de estrujar su gorra de piel de nutria entre sus dedos, no dejaba de darla vueltas y mas vueltas, al parecer sin ningun éxito.

—Está bien, Pero Martín, dadas las gracias á tu señora de parte del caballero de la Banda Azul, diciendo tambien que mañana iré á besar su mano bienhechora.

—Pardiez que no hagais tal! exclamó con ansiedad el embozado.

—¿Por qué?

—Porque hay allí un Niño, que envidioso de vuestras proezas lanzó contra vos á Hernan-Carrillo y trabaja ahora para que mi señor os cojga de la almena mas alta del castillo.

—No será así, mi buen Pero; y esto diciendo, se arrojó con gentileza y prontitud sobre su impaciente Cartaginés. Adios, adios, Pero Martín, quiera el cielo pueda premiar tus buenos y leales servicios.—Adios hasta mañana.

Acto continuo arrimó el acicate al fogoso bruto, y desapareció en el encinar.

Pero Martín, confuso con el lenguaje del caballero, mucho mas confuso con la determinacion de *Banda Azul* en presentarse en el castillo, se retiró de aquel sitio no sin descubrir sus grises cabellos y de inclinar su rodilla derecha al pasar porfrente de la puerta de la ermita.

Momentos despues solo se percibia en aquellos montuosos parajes el imponente bramar de los aguilonés, que aumentaban al parecer lo oscuro y lencroso de la noche.

SE HACE VER CÓMO SANCHO PEREZ ORRABA MAL PERSIGUIENDO
A BANDA AZUL.

Impaciente había visto correr D. Nuño los primeros crepúsculos de la mañana, sin que pasados estos y algunas horas mas, llegase el deseado cenobita con la sangrienta ofrenda que prometiera llevar al amanecer al castillo de Maqueda. Inquieto se paseaba de una á otra almena, interin sus miradas de fuego y desesperacion se encaminaban hácia el bosque del encinar.

Eran las ocho de la mañana, y los rayos de un templado sol de invierno, al estrellarse contra la resplandeciente armadura de un gigante que se acercaba al castillo, hacian despedir hermosos fulgores que á mas de tres tiros de ballesta pudo muy bien observar el alférez don Nuño. Algunos minutos despues pudo ya mejor distinguir al guerrero, que armado de punta en blanco, deteniendo la marcha de su negro corcel á treinta pasos del puente levadizo y empuñando su trompeta de marfil, pidió parlamento.

Veloz cual el gamo corrió el alférez á dar parte á Sancho Perez de esta notable novedad, quien ordenó se bajase el puente y se permitiese la entrada al guerrero, á quien deseaba vencer y castigar. Pobláronse instantáneamente de soldados, pajes, escuderos y donceles las almenas y torreones que daban comunicacion al campo y al patio grande. La jóven Clotilde, acompañada de su dueña, observaba desde las encubiertas celosías de su ajimez que daba al patio, todo cuanto pudiese tener lugar en aquel sitio. La encantadora niña había pasado una noche de azarosa y cruel inquietud, porque Pero Martín la había revelado los proyectos de presentacion de *Banda Azul*: así es que tan luego como Doña Beatriz había entrado en el gabinete de su señora anunciándole la llegada del misterioso caballero, se había apoderado de sus miembros una convulsion general, y su corazon palpitaba con violencia á impulsos de las encontradas afecciones que en el mismo se desarrollaban. Trémula, pálida, sostenida por el brazo derecho de su dueña, esperaba en el ajimez la llegada de *Banda Azul*, por quien hacia tiempo, y cediendo á los reservados impulsos de su alma, había sentido las mas vivas simpatias. Efectivamente hay presentimientos, sobre todo en el corazon de la mujer, que rara vez salen fallidos, y que anuncian una felicidad inesperada ó una desgracia fatal.

Corriéronse al fin las cadenas del puente levadizo; cediéron los dobles pestillos de la fuerte puerta de encina forrada con chapas de hier-

ro, y el choque de las herraduras de *Cartaginés* atrajeron la muchedumbre al patio grande. El caballero al llegar á este sitio puso el pié en tierra, y su apostura guerrera, su agilidad en desmontar, lo rico de sus armas y su talla elevada y majestuosa arrancaron la admiracion de todos los que le observaban. Clotilde, cada vez mas trémula y agitada, sintió á la vista del caballero una fuerte compresion en su pecho; sus ojos se humedecieron; un sudor de lava bañaba su espaciosa frente, y su corazon, cada vez mas convulso, terminó por producir un paquísimo prolongado que obligó á Doña Beatriz á conducirla en sus brazos á un inmediato lecho, en donde la prodigó los auxilios que juzgó oportunos para volverla en sí. Un paje tomó las bridas del hermoso corcel, en tanto que dos escuderos precediendo á *Banda Azul* le guiaban á una antecámara, en la que un maestraza le pidió noticias para anunciar su llegada al gobernador.

(Continuará.)

FELIX MONTERO Y MORALEJO.

ESTRELLA.

Mientras yo en el campo
suspiro por tí,
dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?

A tí, la morena
de ojos brilladores,
de ojos que callando
siempre estan hablando,
y ardo en sus destellos
desde que los ví;

Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?

Sabes que te adoro
con toda mi alma;
que por tí suspiro,
que por tí deliro;
que eres de mi sueño
la mágica huri;

Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?

¿Qué á mí la hermosura
culto, artificiosa?
Al pecho enajena
cándida azucena,
que oculta creciendo
desmella gentil.

Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?

¿Dó hay mayor delicia
que hallar una Diosa
que ignora que ama
y en amor se inflama?
¿que trucea en su rostro
la nieve en carmin?

Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?

Conserva, mi amada,
el candor nativo,
que bulle en tu frente
cual alba riente,
y calma de orizontes
tu plácido Abril;

Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?

La dicha mas grata
que encuentro en la tierra,
es ver tu sonrisa,
y aspirar la brisa
de tu dulce aliento,
y á tus pies morir.

Dime, niña hermosa,
¿te acuerdas de mí?

M. C. 1855.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR

Un hombre ebrio ve todo al revés.

Director y Propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario Ilustracion, á cargo de la Sr. A. Mendiz.